

trinas. ¿No es esta una verdad innegable? Si: pues comiencese desde luego la informacion y el proceso: obren como jueces los mas imparciales del mundo. Pascal aunque jansenista, D' Alambert aunque tan impio, Rainal aunque Jesuita expulso y diabólicamente renegado, Smith aunque francmason de los del novísimo cuño... ¿Concluyeron ya estos señores? Sí, ya concluyeron. ¿Registraron todos los archivos, desempolvaron todas las bibliotecas? Sí, ya se formó este registro, ya está el polvo sacudido. ¿Devoraron tomos de á folio, truncaron largos periodos, y añadieron muy lindas cláusulas de su fecunda inventiva? Sí, todo eso practicaron. Pues bien. ¿Qué resulta de la causa? Oiga V. á el último de los Jueces que habla en nombre de todos, página 3 de dicho diario.

„Dos Jesuitas han hecho la Apologia del sacrilegio: treinta y cuatro la del robo: cinco la del parricidio: treinta y seis la del homicidio: cinco elogian la mágia: dos la idolatria: diez y siete la impudicia, el adulterio y la sodomia: setenta y cinco el regicidio: veintinueve la mala fé, el perjurio y el falso testimonio” (los cuales son ahora treinta con el que escribió al Sr. Paz desde Marsella.) Tal es el grande Catálogo de delitos y delinquentes que formó la ilustrada comision. ¿Esperaba V., amigo mio, entre tantos acusados, y en el dilatado espacio de dos siglos y medio un tan pequeño número de reos? ¿De unos jueces ó acusadores tan fogosos esperaba

V. semejante frialdad? Pues esto es lo que se ha hecho, y se repite en la causa de los Jesuitas, buscar falsos testimonios, como se hizo en la de Jesus, encontrarlos muy equívocos, y sin exámen alguno condenar al inocente. Siempre resulta que esta bárbara acusacion inventada en Puerto-Real, repetida en Versailles y Ferney, recalentada en Londres, y ahora muy baboseada en Veracruz, en unas partes es hija de la mas refinada malicia, en otras de la mayor tontería, y en todas sin diferencia de una incurable ceguedad: siempre resulta á mi intento, que en concepto de estos *Monsiures*, para favorecer á la Compañia de Jesus los miles son como ceros, y para infamarla ó destruirla, las unidades millones.

¿A tan clara demostracion qué se podrá oponer, sino la cámara negra entapizada con Diablos que pinta el bueno de Smith, y el decreto de 6 de Agosto, que se analiza grandemente, aquello en el número 140, y esto en el 141 del repetido Diario? Pero tal es el ardid inventado en otras cámaras que sirvieron de modelo á la que Jorge describe: tal es el ardid infame puesto por obra incesantemente para perder á los Jesuitas: acusaciones unas tras de otras, calumnias sobre calumnias, embustes y mas embustes, que en medio de tanta bulla los pueblos llegarán á aturdirse, y echarán á los acusados aunque no sea por otro motivo que el de imponer silencio á tan zañudos acusadores. Este modo de engañar á los pueblos y á sus gobiernos, y de hacerles imaginar un daño,

causándoles otro efectivo, me recuerda cierto pasage que me contó de sí mismo un viejo veracruzano.

Era todavía muy jóven, y siete muchachos de su edad, á quienes habia reprendido por no sé que picardiguéla, se concertaron *sábiamente* en jugarle una buena burla, resolviendo salirle al encuentro cada uno en pos de los otros y por diverso camino. Periquillo (viene uno y le dice), ¿qué te ha salido en ese ojo? Hombre, nada, contestaba él, será alguna lagañuela... ¡Jesus, que ojo de hechicero! exclama otro que iba llegando. ¡Sábeta, querido mío, que ya te chorrea la sangre. Causándole novedad este segundo testigo, ibáse á buscar un espejo, cuando llega otro zaragate, y le dice muy compasivo. ¡Ay pobre de mi Perico! de esta vez se nos queda tuerto. Con mil santos, grita él ya bien alligido, yo tengo la vista muy clara, y no siento dolor alguno. Por falta de espejo en aquel sitio queria mirarse en un charco; pero se le acercaron sucesivamente los otros cuatro chiquillos, y ninguno dejó de asegurarle que estaba al perder un ojo. Esto ya era demasiado: el testimonio de siete amigos que unánimes declaraban lo que veían tan de cerca; le hizo tan grande impresion, que avivando su fantasía comenzó á sentir incomodidad, y se frotaba á dos manos. En resolución, ellos tanto le dijeron, y él tanto los quiso creer, que á fuerza de refregones, el que salió bueno de casa volvió con el ojo inflamado, y estuvo en grande peligro de quedarse á buenas noches.

Esto es, caballero Ponce, lo que ha sucedido y sucede con la Compañía de Jesus, ojo lucido de la Iglesia católica como muchos la han llamado. Ciertos hombres que se tienen por sábios, y que no quieren ser vistos ó reprendidos por un ojo tan perspicaz y severo, forman el negro complot de apagar sus divinas luces. Unos dicen que este ojo está *hinchado y sanguinolento*: otros, que tiene catarata: otros, que es ojo de hechicero y ha pactado con el demonio: otros finalmente, que echando sobre todo el mundo sus miradas de basilisco, solo se ocupa en meditar los hurtos, las conspiraciones, las muertes, los regicidios, y todas las negras maldades. Como estos gritos salen sucesivamente de diversos puntos del globo y de las mas hondas cavernas, poco á poco van haciendo impresion en el espíritu de los pueblos, quienes escuchando siempre la misma especie mil y mil veces repetida, llegan á figurarse realidad lo que no es sino fantasma, y sin examinar las pruebas, (porque no las hay, ni puede haberlas) contra lo mismo que ven, se resuelven á creer lo que oyen.

Los Príncipes, mayormente católicos, sin duda no son tan crédulos como aquellos á quienes mandan, y conocen al mismo tiempo, no menos la fuerza que la perversidad de sus fieros engañadores; pero no hallando rumbo que seguir entre la credulidad de los unos y el diabólico empeño de los otros, determinan finalmente, aunque con sumo dolor, retirar de sus estados el inocente motivo de disturbios tan funestos.

*Rectus es tu* (dice cada uno de ellos á este ojo brillante de la Iglesia, como Achis dijo á David) *rectus es tu, et bonus in conspectu meo... et non inveni in te quidquam mali... sed Satrapis non places. Revertere ergo, et vade in pace, et non offendas oculos Satraparum.* (1) Lo mismo practicó bañado en lágrimas el soberano Pontífice, el inmortal Ganganelli. Sin esta Compañía inmaculada y gloriosa, dijo el Padre de los fieles, puede subsistir, aunque con sumo trabajo, la Iglesia de Jesucristo; pero entre sacudimientos y conmociones tan graves á que su misma santidad se hace servir de pretexto, la Nave toda de Pedro parece hundirse en las olas. Apartese pues la ocasión, aunque muy amable en sí misma, de tan furiosos escándalos: y la Iglesia, por el bien general de sus otros miembros, arránquese con dolor el ojo derecho de la cara. *Si oculus tuus dexter scandalizat te, erue eum, et projice abs te* (2).

Tal es, amigo mio, la explicacion de este arcano. De otra manera, ¿cómo se podrá entender que Ganganelli quitára á los Jesuitas en clase de reos, y despues los reponga Chiaramonti declarando su inocencia? ¿Que Carlos III. los desterrára como delinquentes, y su nieto Fernando VII. los haga volver á España escribiendo su Apologia? ¿Se declaró por la Silla apostólica que era malo y perverso el Instituto de la Compañía? ¿Pues por qué la misma Silla

(1) 1.º Reg. cap. 29 v. 6 et 7.

(2) Math. cap. 5 v. 29.

le resucita en nuestros días sin innovacion alguna? Pero si no era malo el Instituto, sino las personas particulares, ¿por qué la culpa de los padres se ha de castigar en los hijos? ¿Por qué el escritor de Veracruz, el de Francia ó el de Inglaterra, echan en cara á los Jesuitas vivos lo que dicen que hicieron los difuntos? ¿Esta especie de los siglos godos puede ser tolerada ó vertida en un siglo constitucional? Edad tan iluminada como esta en que ahora vivimos, edad que suele hacer burla del pecado original; ¿solo para la Compañía hará pasar los crímenes que la imputa de lugar en lugar, de tiempo en tiempo, y de generacion en generacion?

Muchas preguntas son estas, ya lo veo, y sobre manera embarazosas; mas yo debo seguir preguntando, aunque ninguno me responde, ni jamas me responderá. ¿Tan horrosos delitos como los que Smith refiere, solo quedaron en listas ó apuntamientos privados? ¿Donde están las declaraciones, donde las causas, donde los procesos, donde las sentencias definitivas contra reos tan peligrosos y de tanta gerarquía? ¿Es posible que ahora comienzan á escribirse las memorias de un gran suceso que ha pasado en otros siglos? Eran homicidas, nos dicen, eran conspiradores, tumultuarios, sacrilegos, idólatras, regicidas, ect. ect. Pero venid acá, bellísimos espíritus, les diré yo á estos señores: referidnos tambien los calabozos, las horcas, los patibulos, las hogueras, que debieron decretarse contra hombres tan delincuen-

tes. ¿Se pueden purgar tantas maldades con un sencillo destierro? ¿Un *vade in pace* es toda la pena que sufren estos canibales, como los pintais vosotros? Y siendo ellos tan odiosos como tambien los pintais, no teniendo ya ni poder, ni bienes, ni coalición, ¿cómo viven no solo tranquilos en medio de su desgracia, sino que hallan por todas partes el respeto, la honra, el amor y la admiracion de los Pueblos? Desengañense los de México en fin, y examinen con toda cordura negocio tan importante. El crimen de los Jesuitas no es otro que su virtud calumniada: ellos son por Instituto acérrimos defensores de la piedad. Esta culpa tan general en la Compañia de Jesus, y tan visiblemente comprobada en la historia de tres siglos, es tambien la mas irremisible para sus muy feroces y muy encarnizados enemigos. ¿Cuanto mas pudiera yo añadir sobre tan fecunda material! Pero amigo, me voy alargando mucho, y están llamando mi atencion, otras nuevas inconseguencias del *memorista* jesuítico. No puede negar el caballero Paz, á lo menos por el testimonio del Ex-Arzbispo Malinense, que sin duda es irrecusable: no puede negar, digo otra vez, que formados los Jesuitas por el mismo espíritu de caridad generosa, ilustrados en todas las ciencias, gobernados por una Constitucion llena de sabiduria, y derramados en utilisimas misiones por las cuatro partes del mundo, eran como una cadena del tamaño del mundo mismo, para unir en sociedad á todos sus habitantes: no pue-

de negarse que estos viajeros apostólicos visitaron toda la tierra, secundándola con su sudor y su sangre, sin dejar un solo rincón que no diera frutos copiosos para Dios y para los hombres: que sin contar sus fatigas espirituales (las cuales se olvidan hoy, ó se afectan olvidar, ó son el origen de su persecucion) ellos en lo temporal dieron á cada nacion lo que todas las otras juntas: que atravesando todos los rios y todos los mares del globo, ó descubrieron por sí mismos, ó perfeccionaron los descubrimientos coloniales, sin llevarles otro interes que el bien de la humanidad: que anduvieron á pie regiones muy dilatadas ó montañas inaccesibles, civilizaron millones de bárbaros, y con el inmenso trabajo de aprender sus diversos idiomas, no menos que el de suavizar sus feroces costumbres, los enseñaron á ser hombres y á vivir en sociedad; finalmente, no puede negar, porque ello es muy notorio y demasiado reciente, que los Jesuitas, ó estudiando en sus Colegios, ó viajando por mar y tierra, llevaron á todo lugar sus grandes conocimientos: que con sus vigilias y observaciones mejoraron pasmosamente las artes, el comercio, la agricultura, la medicina, la náutica, la astronomia, y dieron á la ilustracion general aquel impulso admirable, que despues de quitados ellos vanamente se está buscando con ridículas teorías y *constituciones fantásticas*.

Nada de esto puede negar el caballero Paz; antes bien lo confiesa, aunque muy á pesar suyo, en la pág.

A núm. 127 del repetido Diario (1). Pero tantos y tan continuados servicios, hechos á la sociedad, tantos bienes derramados por toda la haz de la tierra, ¿cómo se pesan, ó qué valor se les dá en la balanza enemiga? ¿Qué es lo que se responde á ejemplos tan singulares de heroica filantropia? Admírese V. mi buen amigo, y procure no irritarse. "Si los Jesuitas parecieron útiles, dice, fué porque esparcidos por todo el mundo, recogían por necesidad los conocimientos de un país y los transmitían á otro, de lo cual sacaban enormes utilidades, y hacían valer mucho este mérito, que no es mas que la obligación de todo buen patriota constituido en sociedad." Conozco al llegar aquí que se enciende V. en cólera, y á la verdad sin razon, pues toda la tiene el Sr. Paz, como voy á demostrarlo. Serenese V. amigo mio, pida su agua de violeta, y entretanto se la disponen, yo voy á contar esta anécdota.

Llególe comision á un alcalde de cierto lugar (no diré como ni cuando) para que recogiendo toda la gente ociosa y mal entretenida de su jurisdiccion, la hiziese llevar en una cuerda hácia el rumbo de Linares. El buen hombre que se picaba de eficaz, cuidando mas de la prontitud que del acierto en sus obras, no quiso meterse en averiguaciones, ó como él decia, circunloquios. Dejó quietos los villares, las cafeterias, las tabernas, hasta las casas de prostitucion; y sin otra fatiga que caminar de puerta en

(1) Pág. 3 de las memorias, lin. 4.

puerta, fué amarrando sastres, carpinteros, comerciantes, maestros de escuela, abogados, médicos, boticarios, regidores y magistrados. Facil es concebir el alboroto que habria dentro de la cárcel con tamaña novedad. ¡Nosotros mal entretenidos! esclamaban llenos de asombro. Toma ¿pues qué es lo que haceis? Les preguntaba el alcalde dando un golpe con su grueso baston. Los unos respondieron que estaban en sus talleres, los otros que en el comercio, estos que se ocupaban en educar á los niños, aquellos que en dirigir los negocios judiciales, quienes en procurar la salud á los enfermos, y quienes finalmente, que en el gobierno del público y en la decision de sus causas. Si esto es todo lo que alegais, repuso el comisionado con una paz admirable, ahora digo con mas razon que debeis ir en la cuerda: vuestras obras no tienen mérito alguno, pues con ellas no haceis otra cosa que cumplir vuestra obligación. En vano iban á añadir, que si en sus obras no habia mérito, tampoco se hallaba crimen, y que si eran de su obligación, estaban dispuestos á cumplirla como siempre lo habian hecho: en vano, vuelvo á decir, porque inexorable el alcalde hizo salir mancornados á aquellos hombres de bien. La ciudad quedó poblada y guardada de pícaros, quienes sin faltar un voto le saludaron con los nombres de el Padre de la patria y el amigo de la humanidad.

*Haec fabula indicat*, amigo mio: dije mal, este apólogo convence, declara, manifiesta evidentemente,

que el caballero Paz tiene razon, y que V. carece de ella. No nos quiera V. repetir que los Jesuitas eran buenos ciudadanos y excelentes patriotas, que ilustraban al mundo con raros descubrimientos, ó que llevaban á cada pais las luces de todo el globo, porque esta vagatelilla, confesada ya por nosotros, no venia á ser otra cosa que cumplir con su obligacion. Tampoco nos alegue V. que esa obligacion, suponiéndola, una vez que era cumplida con pasmosa exactitud daba un gran realce á su mérito, porque en ellos no tener falta es el mayor de los crímenes, y el motivo principalísimo de enviarlos en una cuerda. Pongalos V. ignorantés, vagamundos, ociosos, y no habrá quien los inquiete: pongalos V. libertinos, malvados, escandalosos, y esta será su defensa: sobre todo, pongalos V. francmasones, iluminados, impios, y en esto hallarán su triunfo.

El que acaba de conseguir nuestro caballero invicto (llamese Quijada ó Figueiras), por vida de Artus Peudragon que no há de venir muy solo, y magüer V. se presente asáz mohino y atufado, se ha de poner de finojos en el tobosino alcazar. En el asunto mas grave que pudiera imaginarse, porque se trataba de llamar á juicio muchos miles de ciudadanos y sacerdotes honrados, cuya sola desgracia, aunque fuese merecida, los haria muy acreedores á la compasion y aun al respeto, si vivieramos en un siglo ó de menor fiereza ó de mediana cultura: en este asunto (dice V.) de la mayor gravedad, y con fecha 25 de

Junio, firmó el Sr. Paz una carta (1) la mas aere y denigrativa contra Jesuitas, de la cual nos dice ahora que no le halla ningupa ligereza, aunque fué escrita con mucha rapidez, y en pocos instantes. En esto, amigo mio, tampoco yo veo dificultad ó embarazo, porque se explica muy bien con los milagrosos talentos de que está dotado el escritor: ellos hacen de lo blanco negro, como lo estamos palpando, y cualquiera hombre ingenioso puede ser en el mismo instante, nada ligero y muy rápido.

Digo que no hay dificultad en tan triste reparillo. Tampoco la hay en decirnos, que no conteniendo su carta *ninguna* ligereza, contiene sin embargo una sola de que se confiesa culpable; porque se acordará V. de cierto predicador muy afamado, quien dijo de santa Teresa que nunca bebió vino, y que sola una vez le bebió. Es verdad que el Orador se desdijo añadiendo, que aunque la santa bebió vino una sola vez por orden del facultativo, ni aun entonces lo quiso beber; pero el Sr. Paz haria muy mal en desdecirse, pues quebrantaria abiertamente las reglas de su aritmética. Para quien los miles son ceros ¿qué será la pobre unidad? Fuera de que *uno es ninguno*, segun dice el adagio español. Dejemonos, pues, de frioleras, y vengamos á otra aventura, en que por llover las piedras, yo el escudero mas fiel de cuantos la Mancha esconde, necesito de guarecerme tras de las ancas del rucio.

(1) Tal carta no se halla en las memorias.

La ligereza de que humildemente se acusa el ingenio anti-jesuita es la de haber concretado su juiciosísima crítica de la Compañía de Jesus á solo el último tercio de su existencia moral, cuando pudo decir, y ahora lo dice, y lo prueba, y lo defiende á pie ó á caballo, bajo de techo ó al aire, ya con armas ó ya sin ellas, que la dicha Compañía fué *tan fatal, tan perversa, tan prostituida en su infancia, como en el último momento de su existencia.*

(1) Estoy viendo á V. con la imaginacion, como si le tuviera delante. ¿Qué brabatas son esas, amigo mio, qué desafíos tan fuera del orden? ¿Qué lista tan larga, pero tan inútil, la que va V. sacando debajo de su carpeta? Los Ignacios (dice V. llenándosele la boca) los Fabros, los Javieres, los Bohadillas, los Broetes, los Coduris, los Lainez, los Salmerones, los Rodriguez, los Borjas, los Peruscios, los Ribadenciras, los.... Detengase V. mi querido, que lleva pasos de no acabar en un mes. ¿Dice V. que todos estos y otros innumerables formaron la divina infancia de la Compañía de Jesus? Está bien: ya lo sabemos. ¿Dice V. que estos personajes, ó como algunos hablan, padrotes, fueron ó célebres humanistas, ó consumados Jurisconsultos, ó Teólogos eminentes, y todos insignes santos? Ya lo sabemos tambien; ¿y qué tenemos con eso? Lo cierto es que eran Jesuitas. ¿No es asi? Pues ha perdido V. el punto.

(1) Foja 4. de las memorias.

Al escritor Veracruzano nada se le va por alto: este argumento lo tiene ya prevenido, y la respuesta es muy suya, sin que yo deba atribuirle, usurpando glorias ajenas. ¿No le dice á V. con asombrosa claridad, que Francisco Isla fué ilustre; pero *sin mas defecto que haber sido individuo de la sagrada Compañía?* ¿No le dice á V. igualmente que Mariana fué un Tito Libio, y Suarez un San Agustin; pero sin quedar exentos de la *negra nota* de Jesuitas? ¿Pues con qué cara, amigo mio, nos propone V. un argumento contestado ya de ante mano? Citenos V. hombres grandes de la Compañía de Jesus, que no hayan estado en ella, Jesuitas muy ameritados que no hayan sido Jesuitas, y entonces hablará en regla. Todo lo demás es predicar á las peñas, y no dar en el busilis.

Esta solucion ingeniosa es una llave maestra para abrir todas las puertas en tan intrincado negocio: con ella desafío, no digo á V. que podrá ser cuando mucho un coadjutor de capote, sino á todo el cuerpo Jesuitico, y á sus congregaciones generales desde *Inigo* de Loyola hasta Judas Barzozowski. (Entre paréntesis, dejeme V. llamarlos asi para ir formando mi estilo) si, á toda esa turba multa digo otra vez que la reto, y aunque jayanes se vuelvan, y todos de mancomun se me vengan á las barbas, con oponer mi rodela y mi yelmo barberil los echo patas arriba. En efecto, ¿qué me podrán decir estos Reverendotes, por mas que se rellenen las narices de polvos, se planten

\*